

Lecturas

EL CAPITALISMO O EL PLANETA

Frédéric Lordon

Errata naturae, Madrid, 2022

329 págs.

La primera pregunta sería: ¿por qué un libro titulado *Figures du communisme* en francés se traduce y publica en castellano, de forma insuperablemente imaginativa, vertiendo *El capitalismo o el planeta. Cómo construir una hegemonía anticapitalista para el siglo XXI?* Más allá de contrariar la intención del autor («es necesario reinstaurar el concepto de comunismo en el escenario de la historia», leemos en la p. 306), se trata de una mala decisión porque induce a error. En efecto, Frédéric Lordon, economista, ingeniero y filósofo francés nacido en 1962, no pretende tener la respuesta a «cómo construir una hegemonía anticapitalista» en el Siglo de la Gran Prueba. ¡Ojalá la tuviéramos! Ahí nuestro autor, por desgracia, no aporta demasiado (aunque la tercera parte del libro versa sobre «Hegemonía y contrahegemonía»). Se trata de un ensayo muy valioso, en cualquier caso, y hemos de felicitarlos de que esté disponible en castellano.

Hoy, cuando sucesivas crisis entrelazadas van haciendo tambalearse los cimientos de muchas sociedades, no poca gente se pregunta: ¿capitalismo “con rostro hu-

mano”? ¿Transiciones hacia dónde? ¿Quizá poscapitalismo keynesiano? No resolveríamos con ello el principal de nuestros problemas económicos hoy —o si se quiere uno de los tres principales, puedo transigir ahí—: la dinámica sistémica de autoexpansión. Lo que necesitamos es un “más allá del capitalismo” que se plantee en serio la igualdad social y el decrecimiento...¹ y por eso este libro de Lordon es valioso. Pues un subtítulo no engañoso podría ser «cómo pensar un modelo comunista viable para el siglo XXI».

Para empezar, Frédéric Lordon insiste en la necesidad de ser consecuentes con lo que sabemos:

La consecuencia exige rendirse ante tres enunciados que no son fáciles de negociar: 1) el capitalismo ha entrado en una fase en la que está destruyendo a la humanidad [no solo bajo su forma salarial, sino también por sus efectos ecológicos y climáticos] y, por lo tanto, la humanidad va a tener que elegir entre perseverar a secas o perseverar dentro del capitalismo (para extinguirse en él); 2) los capitalistas jamás admitirán su responsabilidad homicida ni (por lo tanto) renunciarán a la continuación del (de su) juego, y se valdrán de los giros argumentativos más retorcidos para convencer de la posibilidad, de la necesidad incluso, de continuar, y también de las peores violencias si es necesario (y cada vez lo será más); 3) no hay ninguna fórmula de derrocamiento, ni siquiera de simple moderación, del capitalismo en el marco de las

¹ Un buen texto al respecto, penetrado de las experiencias neozapatistas en Chiapas: Jérôme Baschet, *Adiós al capitalismo –Autonomía, sociedad del buen vivir y multiplicidad de mundos*, NED eds., Barcelona, 2015.

instituciones políticas de la “democracia” o, mejor dicho, de lo que se hace llamar así; solo un increíble despliegue de energía política logrará evitar que el capitalismo lleve a la humanidad al límite del límite, un despliegue que suele llevar el nombre de “revolución”. (p. 19)

La pregunta del millón, por supuesto, se refiere al tercer enunciado: ¿cómo se hace esa revolución en los países del Norte global? ¿Dónde está el sujeto político de la misma? Y si no está y hay que construirlo (como es el caso), ¿tenemos tiempo para ello? Sabemos que «derribar el capitalismo implica la constitución de un bloque contrahegemónico lo más importante y enfadado posible» (p. 300) pero, ¿cómo se hace eso *en tiempo y forma* en los países centrales del sistema? Precisamente la destructividad del capitalismo nos está quitando el suelo de debajo de los pies.²

Una transición ecológica, en sentido propio, solo será posible si reducimos el metabolismo de la economía «de manera drástica en el Norte global»: si decrece el trasiego de energía y materiales que los economistas llaman a veces *throughput* (“transumo” o, mejor, flujo metabólico). Un mérito del ensayo de Lordon es que reconoce esto con claridad, al contrario de lo que sucede en la gran mayoría de las elaboraciones contemporáneas sobre modelos económicos socialistas/comunistas.

La suya es una propuesta de *comunismo decrecentista* (por más que mantenga una muy endofrancesa polémica contra la *décroissance* en p. 124-128). «La producción global, aun siendo necesaria, se decreta *a priori* enemiga de la naturaleza y, por lo tanto, subordinada a compromisos rigurosos o, dicho de otro modo, la actividad económica debe tender a su propia minimización relativa» (p. 130).

Salir del capitalismo es perder el “nivel de vida” del capitalismo. En algún momento hay que someterse a un principio de consecuencia. (...) Va todo en el mismo lote: con el iPhone15, el coche Google y el 7G llegarán, de forma inevitable, la canícula permanente en el mundo y las plagas. (...) Toda la cuestión del comunismo tiene pues, como condición previa, la de las renunciaciones materiales consentidas de manera racional, así como su amplitud. Este es un tema eminentemente político. (p. 118)

Y no obstante, Lordon plantea su propuesta en términos de un *comunismo lujoso* (p. 179 y ss.). Es una cuestión clave que ha de abordarse en términos de cantidad y calidad:

No se puede presentar una transición revolucionaria como una mera renuncia, cuando, en realidad, se trata más bien de una gran sustitución: abandonar una cosa para ganar otra. En lugar de la vida como cantidad (lo que se llama, con una precisión total, “nivel de vida”), la vida como calidad;

² Como bien observaba Xan López hace unos años, «hay cierta perspectiva histórica desde la que Lutero tenía razón, y no Müntzer. Los Girondinos y no los Jacobinos. Los Mencheviques y no los Bolcheviques. La opción correcta era la moderación, adecuarse a los límites de lo posible. Hay otra perspectiva que plantea que la cantidad de energía organizada para conseguir un cambio siempre tiene que desbordar los objetivos realmente posibles. Que para alcanzar lo posible hay que intentar, y rozar, lo imposible. Es la idea del progreso como dos pasos adelante y uno atrás. El paso atrás es traumático, pero al final se ha conseguido avanzar algo, que permanece. Estas dos perspectivas comparten un convencimiento implícito. El de que en cualquier caso hay un tiempo histórico suficiente para la mejora social, y que ningún exceso de moderación o paso atrás inevitable nos llevará a un abismo que rompa la serie histórica. Puede que ese convencimiento ya no tenga tanta solidez. ¿Podemos concebir una revolución social profunda que solo dé dos pasos adelante? El cambio que necesitamos no es tanto la aceleración de un proceso previo, sino más bien un salto fuera de la historia». Xan López, «Dos certezas y siete preguntas sobre la crisis ecosocial», *Contra el Diluvio*, 27 de noviembre de 2018, disponible en: <https://contraeldiluvio.es/dos-certezas-y-siete-preguntas-sobre-la-crisis-ecosocial/> Yo solo le quitaría el “puede que”. Pero dejemos, de momento, esta importante cuestión en suspenso.

en lugar de futuras baratijas perdidas por adelantado (iPhone15, etc.), tranquilidad material para todos, grandes servicios colectivos gratuitos, una naturaleza restablecida y, quizá por encima de todo, tiempo. (p. 119) La colectividad ha de organizarse para determinar el conjunto de bienes sobre los que debe reinar, para todos, una tranquilidad absoluta: alimentación de calidad, vivienda de calidad, energía, agua, medios de comunicación, medicina y farmacia y "algunas cosas más" (Marx y Engels). La renuncia y la sustitución solo empiezan a partir de esa base. (p. 120)

La división del trabajo es un hecho macro-social que no cabe obviar: lo comunal/comunitario y local es deseable, pero no suficiente si se trata de rehacer una economía entera (p. 112-113). Las prácticas locales de autonomía son a la vez enormemente valiosas e insuficientes (p. 122 y ss.). Por eso, hay que estimular la autonomía-experimentación desalentando al mismo tiempo la autonomía-huida.

Dado que «el capitalismo nos destruye, hay que destruir el capitalismo. No hay escapatoria, las falsas soluciones son falsas» (p. 25). Se trata, entonces, de librarnos de las tiranías del valor capitalista y el empleo asalariado y para ello «destruir sus instituciones características: el derecho a la propiedad privada de los medios de producción, el mercado de trabajo, las finanzas» (p. 128). El modelo de Lordon parte de la propuesta de *salario vital* de Bernard Friot,³ que depende a su vez de dos instituciones clave: la *cotización general* y la *concertación*.

En cuanto a la primera, «la totalidad del valor añadido de las empresas [socializadas] se aporta, en forma de recursos cotizados, a un sistema de cajas a través del cual se efectúa la redistribución. En primer lugar, en forma de salario, vinculado a la propia persona y, por lo tanto, desvinculado del sistema de empleo» (p. 133). La persona es titular de un derecho fundamental a una remuneración estable y suficiente (y tiene así garantizada su existencia material): «El principio del *salario vital* está operado por la cotización recaudada y redistribuida por las cajas; en concreto, por la *caja salarial* que, como su propio nombre indica, revierte a las personas su remuneración con independencia de todo lo que no sea su nivel de cualificación» (p. 135), distinguiendo quizá cuatro niveles (p. 155).⁴ Y como "salario vital" no es una denominación muy afortunada, hablaremos más bien de *garantía económica general* (p. 144), como una forma de orden comunista que permitirá dejar de depender del empleo, el patrono y el mercado para vivir.

La segunda institución es la *concertación*. «Una parte del salario se paga, en metálico, en una cuenta normal; otra, en una tarjeta (¡una tarjeta sanitaria ampliada!) que solo puede utilizarse con determinados productores autorizados (alimentación, transportes, energía, etc) debidamente concertados mediante decisión ciudadana (en asambleas de distintos niveles territoriales) en virtud del cumplimiento de determinadas normas (medioambientales, arraigo local, respeto

³ Bernard Friot, *L'enjeu du salaire*, La Dispute, París 2012; *Émanciper le travail*, La Dispute, París 2014.

⁴ Los trabajos necesarios no especializados serían desempeñados por todos y todas en un sistema de turnos. «Sería impensable dejar encadenados a los "marrones" a quienes están desempeñándolos ahora en virtud del juego de la relegación social. (...) ¿Por qué un universitario o una médica no van a estar obligados a recoger la basura, atender una caja en un supermercado o limpiar las calles un día a la semana? Las sucursales locales de la "caja de salarios" podrían ser el lugar donde se decida la organización de esos turnos» (p. 156). Nótese que la propuesta de Lordon, a diferencia de las que orbitan en torno a una "renta básica" o subsidio universal incondicional, no desconecta el salario vital (como garantía material de existencia) de la aportación laboral de cada ciudadano y ciudadana.

por los circuitos de proximidad, prácticas productivas, etc.). De esta manera, las personas tienen acceso a tres tipos de consumo: 1) el consumo privado libre; 2) el consumo privado “supervisado”, que permite la tarjeta sanitaria ampliada y “dirige” la demanda hacia ofertas concertadas, es decir, conformes a una norma política de no-perjuicio (...); 3) el consumo socializado gratuito (sanidad, educación) cuyo ámbito es susceptible de ampliarse (transportes, vivienda)» (p. 135-136). Notemos que los ámbitos 2 y 3 responden a una forma de *planificación democrática de la economía* que abarcaría a varios sectores y buscaría aplicar un principio de subsidiariedad en la toma de decisiones (véanse p. 150-151).

Completemos el diseño institucional. Seguirá habiendo dinero (p. 145), pues una división del trabajo relativamente avanzada «impone el intercambio monetario (al menos en parte) para efectuar sus complementariedades» (p. 146). Y por la misma razón (cierto nivel de división del trabajo) habrá mercados donde «aportamos nuestra producción privada, no ya para sobrevivir (...) sino para participar en la producción colectiva. Ese mercado deja de ser un tribunal de la supervivencia material de los individuos: ahora es el operador de la división del trabajo colectivo» (p. 150). En cambio, se acabarán la banca y las finanzas: toda la inversión productiva se realiza a través de la cotización, mediante una “caja económica” (más bien, una red a diferentes niveles de “cajas económicas” gestionadas democráticamente). Final de los mecanismos de deuda, que son «el trinquete oculto del crecimiento, el aguijón de la huida hacia adelante permanente» (p. 167). La inversión tiene lugar no en forma de préstamo o avance sino de subvención (dinero asignado a las unidades productivas, no reembolsable), tras la pertinente delibera-

ción política-social en la caja económica del nivel que corresponda (p. 168).

Algo interesante en este modelo es que algunos de sus elementos institucionales ya están prefigurados en los *Welfare States* de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial: así la cotización social y el salario según cualificación. El “esto ya existe” de Friot es un argumento a la vez muy poderoso y muy limitado, explica Lordon:

Es muy poderoso porque nos demuestra que el comunismo no es una utopía caída del cielo, pues, aunque no nos demos cuenta, vivimos en una sociedad en la que, en cierto modo, ya están plasmados sus principios, y en una escala significativa. Pero ese argumento anda errado si considera que su historia quedó detenida, por desgracia [con la hegemonía neoliberal a partir de los años 1980], y que solo tenemos que ponerla en marcha otra vez. El “ya existe”, en efecto, se desarrolló durante treinta años (1945-1975) excepcionales, poco extrapolables, pero desde entonces (más de 45 años...) se ha convertido, en el mejor de los casos, en un “hasta aquí”. Hará falta un acontecimiento político de gran magnitud para recuperar el sentido de la marcha. (p. 140)

En efecto, ese paréntesis keynesiano en la historia del capitalismo fue algo absolutamente excepcional, y para que se impusiera hubo de darse una increíble liberación de energía política: la Revolución de Octubre en Rusia y luego la Segunda Guerra Mundial. «Para imponer al capitalismo unas construcciones institucionales que lo contradicen (aunque dejándole perseverar), se necesitó una energía de magnitud guerra mundial» (p. 139). Ahora sería menester una explosión revolucionaria capaz de liberar una energía semejante, y el lector o lectora no dejarán de preguntarse: ¿está eso a nuestro alcance, en tiempo y forma? El autor sostiene que «nuestro momento acabará lle-

gando» (p. 141), pero la cuestión de los tiempos se nos ha vuelto más bien angustiosa (ecoangustiosa, para ser más exactos).

Hay que volver por último a la cuestión del *decrecimiento*. Rubén Hernández, editor de *Errata Naturae*, declaraba en una entrevista (asumiendo el punto de vista de Lordon):

No creo en el decrecimiento y considero que es un error estratégico grave plantear el futuro en esos términos. El decrecimiento me parece un concepto absurdo: se supone que pretende derrocar el capitalismo, al tiempo que espera convencerlo amablemente de que contradiga su propia esencia (que consiste en crecer de manera indefinida). Cuando el capitalismo decrece, se entra en recesión (como seguramente ocurrirá el año que viene). Es así de claro y eso a nadie le gusta, puesto que conlleva sufrimiento para muchos. Si con “decrecimiento” queremos decir “salida del capitalismo”, perfecto, en eso estoy de acuerdo, pero llamémoslo por su nombre. No puede haber decrecimiento dentro del capitalismo, de la misma manera que no hay un problema de crecimiento fuera del capitalismo. Creo que antes o después la sociedad deberá tomar una decisión y afrontarla sin medias tintas. Yo creo que la única solución para que este planeta no se abra es salir del capitalismo, y autores como Frédéric Lordon nos explican paso a paso y sin pensamiento utópico alguno (por ejemplo en el último libro suyo que acabamos de publicar, *El capitalismo o el planeta*) que esto es perfectamente posible, dando lugar a una sociedad no solo más justa sino más plena para todos y todas.⁵

«No hay un problema de crecimiento fuera del capitalismo»: esto es sin duda erróneo. También lo afirma Lordon en su libro: «Crecimiento y decrecimiento solo

son obsesiones cardinales para el mundo capitalista. En un mundo comunista, se está tan liberado de ellas que a nadie se le pasan por la cabeza» (p. 125). Pero un orden social poscapitalista –la URSS lo fue a su manera– puede ser extractivista y productivista, y por esa razón no cabe pensar en desembarazarse de las posiciones decrecentistas de forma tan expeditiva.

Hay bastantes más asuntos de interés en esta obra, pero la reseña ya se está alargando demasiado. Para ir concluyendo mencionaré solo el interés de las precisiones de Frédéric Lordon sobre política, moral y moralismo, que ha desarrollado en diferentes lugares:

La política es una axiología. Hay, pues, de forma consustancial, moralidad en la política, ya que la política nunca deja de comprometerse en afirmaciones de valor. Pero toda la cuestión es saber cómo se configura la presencia de la moral en la política, la relación entre moral y política, y en particular saber si la moral agota la política. Esta es una pregunta retórica, cuya respuesta es obviamente: no. La moral tiende a la unanimidad, mientras que la política asume la irreductibilidad del conflicto, una heterogeneidad sin solución. Por lo tanto, hay moralidad en la política, pero la política nunca puede ser moralidad. Por otra parte, la moral es un discurso de prescripción fuerte con un discurso institucional débil y un discurso analítico nulo. Y la moral funciona esencialmente como un mandato sin seguimiento (formal). En su registro normativo, carece por construcción de todo análisis de sus condiciones de eficacia, como si la ingravidez social conviniera a su género. Es aquí donde, aunque fundamentalmente axiológica, y, por tanto, moral, la política puede sufrir degradaciones moralistas. Con esto me refiero al refugio en el puro mandato y el falso universalismo que

⁵ Rubén Hernández, «La única solución para que este planeta no se abra es salir del capitalismo» (entrevista), *El Asombrario*, 4 de diciembre de 2022, disponible en: <https://elasombrario.publico.es/solucion-planeta-abrase-salir-capitalismo/>

ignora las condiciones particulares: la “moralización”.⁶

Lordon enfatiza que no podemos quedarnos en dar lecciones de superioridad moral, y que hay que evitar el moralismo como ejercicio puramente verbal, como mera declaración de principios que no se interroga sobre sus condiciones de posibilidad. En este sentido el moralismo sería el olvido de “lo trascendental” kantiano: el examen de las posibilidades de que esos principios se materialicen en el mundo real (*El capitalismo o el planeta/ Figuras del comunismo*, p. 87-88).

Nos preguntamos: nuestras propuestas socialistas/comunistas, ¿pueden hacerse cargo de lo que hoy sabemos en física, en biología, en modelización de sistemas complejos? ¿Pueden asumir de verdad el hecho epocal de la extralimitación ecológica? ¿Pueden tomar nota de la excepcionalidad histórica de los combustibles fósiles? ¿Pueden retomar el ávido interés de Marx y Engels por las ciencias naturales sin prejuicios industrialistas y sin extravíos prometeicos? ¿Pueden asimilar la termodinámica, la ecología, la simbiogénesis de Lynn Margulis, la teoría Gaia? Diría que Lordon, en este libro, realiza aportes significativos para poder ir contestando “sí” a las preguntas anteriores.

Jorge Riechmann

Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid

LA ESPAÑA PRECARIA

Alejandra de la Fuente

Ediciones Akal, Madrid, 2021

207 págs.

VIDAS LOW COST

Javier Pueyo (coord.)

Los Libros de la Catarata y Fundación 1º de Mayo, Madrid, 2021

174 págs.

Vidas low cost y *La España precaria* son dos libros que se complementan, tratando realidades y problemáticas similares de la juventud española, con abordajes diferentes.

En el epílogo del primero de ellos, Ana Iris Simón señala que tras ir más allá de sus prejuicios frente a la obra escrita “en universitario” su sensación fue la de que «alguien le había puesto cifras, gráficos y teoría a los diez años de vida laboral» de su generación. (p.167)

Un libro en el que, afirma Ana Iris, «está el consuelo de no saberse ni solo ni culpable del todo, la certeza de que nuestro fracaso no es individual ni generacional sino que trasciende en esos dos sentidos pero sobre todo, está la seguridad de no saberse loco». (p.167)

El prólogo, de Sara Montero, recuerda el agotamiento de las personas de 30 años. El hecho de que el trabajo (remunerado) sea un problema, por sus condiciones o por su ausencia. Señala que el libro sirve para demostrar «que la precariedad es un problema estructural y cronificado que tiene mucho que ver con las decisiones

⁶ Frédéric Lordon, «Dire ensemble la condition des classes populaires et des migrants» (entrevista), *Revue Ballast/ La contrescarpe*, 19 de noviembre de 2018, disponible en: <https://www.revue-ballast.fr/frederic-lordon-dire-ensemble-la-condition-des-classes-populaires-et-des-migrants-1-3/>

legislativas y empresariales y poco con las decisiones que decida tomar cada individuo». (p.19)

Entre ambos textos, encontramos tres capítulos. El primero analiza la movilidad social en España y alerta sobre cuestiones como «un serio problema con el suelo pegajoso, la rigidez de herencia y la menor oportunidad de ascenso que padece la clase poco cualificada» (p.69), así como sus posibles consecuencias: «si persiste este cierre social por abajo cristalizará un proletariado de servicios y bajo nivel de estudios que, lejos de apoyar a partidos y sindicatos de izquierda redistributiva, se convertirá en un reservorio para el virus populista de extrema derecha». (p.69) El segundo, centrado en el análisis de la precariedad, cierra con la conclusión de resaltar «la importancia de la acción colectiva en la generación e implementación de soluciones que reequilibren la desigualdad creciente del mercado de trabajo». (p.113)

El tercero comienza señalando que «la inestabilidad y la precariedad son los rasgos fundamentales que describen las trayectorias laborales juveniles. Décadas atrás el empleo se erigía como la institución social central a la hora de dotar de orden y sentido a las vidas, pero en las actuales circunstancias se alza como uno de los principales generadores de incertidumbres, tanto laborales como vitales». (p.123) Señala, en la parte final del capítulo, que «hasta ahora la profundización de la precariedad, junto con la individualización y despolitización de las problemáticas laborales en todos los sectores, pero en el juvenil especialmente, junto con las dificultades de los sindicatos para manejarse en las fronteras porosas del trabajo asalariado, precisamente por donde transita habitualmente la juventud, han jugado

a favor del distanciamiento juvenil, dando como resultado una desafección y una escasa afiliación sindical de las personas jóvenes». (p. 156) Sin embargo, acaba expresando su esperanza en la organización juvenil «de la mano de los sindicatos tradicionales o creando nuevos sindicatos u organizaciones». (p.157)

La España precaria está escrito por Alejandra de la Fuente, periodista que escribe desde el conocimiento en primera persona de la precariedad. Un libro no escrito, por usar la terminología de Ana Iris Simón, “en universitario.” Al mismo tiempo, un libro muy recomendable para las bibliografías universitarias. Didáctico y certero, como muchos *tweets* de la autora.

La autora señala que «la crisis económica, la mala gestión, la reforma laboral... han ayudado a crear una cultura de la precariedad en la que España sigue inmersa y de la que parece realmente complicado salir, con salarios de miseria, pérdida de derechos y ciudadanos que no consiguen llegar al día 20 de cada mes». (p.21) Afirma que «los jóvenes ya no conocemos otra cosa más que la precariedad». (p.59) Analiza el auge de la percepción del trabajo (remunerado) como privilegio «y el buen trabajo algo hasta utópico, complicado y solo al alcance de una minoría privilegiada». (p.24)

Alerta sobre la romantización de la pobreza y las diferentes formas de precarización. Sobre la situación precaria de mujeres y personas migrantes, así como la situación aún más precaria de mujeres migrantes en sectores como el trabajo doméstico. Sobre un contexto en el que «encontramos a jóvenes en casa de sus padres frustrados por no tener una vida independiente; a ciudadanos con falta de

derechos laborales por estar trabajando en B sin estar dados de alta en la Seguridad Social; a trabajadores que el día 20 de cada mes se quedan en números rojos; a personas que tienen que compartir piso con cuarenta años, y a jóvenes – y no tan jóvenes- que se marchan de España en busca de algo mejor (o simplemente algo) tras muchos intentos fallidos de quedarse en su país con un trabajo que les permita vivir». (p.24)

Escribe sobre la *Generación Lexatin*. Tras recordar que España encabeza el *ranking* relativo a las tasas de consumo de psicofármacos en Europa, señala que en muchos casos los «ansiolíticos son un parche, una forma de distraer la atención de sus verdades problemas: en los ejemplos dados, el paro y los trabajos temporales, precarios y mal pagados». (p.88) Al fin y al cabo, «tomar Lexatin no va a hacer que lleguemos a fin de mes, no va a hacer que nos paguen las horas extra, no va a hacer que tengamos un salario de más de 1.200 euros y no va a hacer que baje el precio del alquiler, pero nos ayuda a sobrellevar que estemos en paro, que no nos paguen las horas extra, que no tengamos un salario de más de 1.200 euros y que estemos pagando 900 euros por un piso en Madrid». (p.91)

En línea con el primer capítulo de *Vidas low cost*, Alejandra de la Fuente considera que el ascensor social «está siniestro total» y «gran parte de nuestra economía se sustenta gracias a la precariedad laboral» (p.195) como la presente en el sector turístico. Frente a «un modelo social basado en la precariedad laboral, uno basado en la creación de empleo precario. Trabajos que permiten a las personas pagar facturas, comer, consumir lo mínimo, para que la rueda siga girando, y cruzar los dedos para que al mes siguiente sigan tenido un trabajo» (p.196),

reclama la mejora y cumplimiento de la normativa laboral de la mano del refuerzo a la Inspección de Trabajo. Cierra el libro demandando «medidas para garantizar el empleo de calidad y no un modelo basado en la precariedad de los trabajadores más vulnerables». (p.198) Lo hace, además, reclamando el trabajo «mano a mano con los sindicatos, que son los que conocen la realidad de los trabajadores». (p.198)

Diego Escribano Carrascosa

Graduado en Derecho y en Ciencia Política y Administración Pública. Máster en Derecho Internacional de los Derechos Humanos

EL DEBATE SOBRE EL ANTROPOCENO EN LA CRISIS ECOSOCIAL

Carlos Gómez Gil y José Ramón Parada

Publicacions Universitat D`Alacant, 2022

133 págs.

Vivimos en una era en que la actividad económica ha invadido hasta los últimos confines del planeta. Esto resume perfectamente la situación en la que nos encontramos, consecuencia además del empeño de manejar a la naturaleza como si de una mercancía se tratara. Estamos provocando una situación de consecuencias irreparables para nosotros y el resto de las especies que componen esa trama de la vida que podemos denominar Gaia.

Las raíces del deterioro ecológico y social son culturales y económicas. Las raíces culturales de este despropósito se encuentran en la mentalidad tecnocrática,

exclusivamente orientada por la razón instrumental, basada en una fe ciega en el mercado y la tecnología y obsesionada por dominar la naturaleza y la acumulación de la riqueza y el poder. Las categorías, conceptos, valores y maneras de razonar de esa mentalidad nos impiden darnos cuenta de lo que pasa, porque es precisamente esa mentalidad la responsable de lo que nos pasa. Tal vez sea el pensamiento de Francis Bacon el que lo resume con mayor claridad: la modernidad alumbró una nueva correlación entre ciencia y praxis que es interpretable en clave teológica. Para Bacon esta correlación representa la redención ante la posibilidad de restablecer el “paraíso perdido” del que fuimos expulsados. Con ello no es que se niegue la fe, sino que la traslada a otro ámbito: la fe en el progreso, pues está claro que los descubrimientos y las invenciones apenas iniciadas en su época son solo el comienzo que, gracias a la sinergia entre ciencia y praxis, seguirá hasta que surja un mundo totalmente nuevo, el “reino del hombre” (que ahora bien podríamos denominar *Antropoceno*).

A su vez, las raíces económicas, abonadas por este paradigma de modernización, han redefinido profundamente las relaciones sociales y el régimen de intercambios que establecen las sociedades con el medio natural a través de un doble proceso de apropiación predatoria que alcanza tanto a la fuerza de trabajo humano como a los ecosistemas, conduciéndonos a una situación de exlimitación como consecuencia de nuestra desmesura o falta de contención. La economía, en cuanto teoría y praxis, se autonomiza del orden moral, olvidando que –en su pretensión de cientificidad– surgió precisamente del seno de una reflexión moral llevada a cabo por un filósofo moral. Liberada de esas restricciones morales, sociales y físicas, el sistema económico

capitalista, dejado a la libre iniciativa de sus propios intereses, se revela incapaz de concebir que en su expansión pueda existir algún límite.

Este breve ensayo propone un recorrido transdisciplinar por este tiempo de transformaciones radicales que tienen al planeta como protagonista y a la especie humana como responsable de ese cambio. Se inicia citando a Camus de una manera que no puede ser más clarificadora de las intenciones y preocupaciones del libro: «Cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá hacerlo. Pero su tarea es quizás mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga». Esa es la tarea: superar el viejo empeño fáustico presente en la Modernidad capitalista y alumbrar una humanidad autocontenida dispuesta a vivir en paz con el planeta y todas sus criaturas.

Para tal propósito, este texto representa un valioso material de reflexión que se adentra en la crisis ecosocial a través del estudio de los riesgos y amenazas que se ciernen sobre el planeta, la relectura de la pobreza mundial, el análisis crítico del papel y las posibilidades de los Objetivos del Desarrollo Sostenible y la Agenda 2030, dirigiendo el foco a los nuevos riesgos de un capitalismo digital del que no se han explorado suficientemente sus promesas filosóficas, éticas y religiosas de “redención” que aparenta portar esa nueva era que llamamos Antropoceno.

El libro consta de seis capítulos, además de la introducción y un capítulo final a modo de epílogo. Como se señala en la introducción, el término Antropoceno se adopta como categoría analítica que sirve de marco de interpretación de la realidad que vivimos. En torno a este término se ha desarrollado tanto un debate científico

como un debate social. En el plano científico, la celebración en el año 2016 del Congreso Geológico Internacional sirvió para designar una nueva era geológica de tiempo, procesos y estratos, sucesora del holoceno, marcada por el impacto de la acción humana sobre el planeta. Pero con independencia de esta caracterización académica, verificada con sus propios marcadores estratigráficos, los autores señalan en el segundo capítulo que lo que es verdaderamente relevante es la capacidad que pueda mostrar para interpretar una nueva era «en la que dejarán de tener vigencia las cosmovisiones, los poderes, la economía política y las instituciones que hoy marcan el rumbo de la globalización» (p. 27). En este sentido, representa un enfoque de interés en la medida en que implica la necesidad de un nuevo marco categorial y una nueva epistemología de la historia de las sociedades y las civilizaciones.

El tercer capítulo plantea cómo el cruce de la desigualdad con la crisis ecológica nos sitúa en una gran bifurcación. La era de la civilización industrial capitalista expandida y acelerada amenaza con la «dualización de la especie humana» en varias subespecies. Aclaran los autores: «La idea de hablar de subespecies no tiene ninguna intención científica antropológica, es tan solo un comodín del lenguaje, una metáfora a falta de un concepto válido» (p. 52), e igualmente el prefijo *sub* no pretende sugerir una condición de inferioridad. Se trata de remarcar únicamente la extraña contemporaneidad de quienes formamos la comunidad humana según nuestra condición sociocultural: «Es una forma de decir que un astronauta que explora Marte tiene tan poco que ver con una refugiada de Lesbos que escudriña la Luna que podrían pertenecer a especies distintas» (p. 53). La gran bifurcación que muestra la desi-

gualdad provocada por el capitalismo en tiempos de la crisis ecosocial lleva, no solo a la explotación, sino también al descarte de grandes mayorías sociales y a la destrucción de la noción de la vida como comunidad con intrincadas relaciones.

El cuarto capítulo muestra las incoherencias y los problemas metodológicos y de medición en el diseño y aplicación de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Este tipo de agendas arrastran un pecado original: ignorar por completo las causas de los problemas que dicen abordar. En el quinto capítulo se profundiza en las implicaciones del desarrollo del capitalismo digital, tanto desde el punto de vista de la reconfiguración del poder como de las consecuencias socioambientales. En el sexto, los autores se adentran en las repercusiones filosóficas, éticas y religiosas que emanan de la conciencia del tránsito a una nueva era. Siguiendo a Gramsci, cabe pensar que el momento que vivimos constituye un «acontecimiento filosófico» que declara inservibles los modos convencionales de pensar la modernidad. Esta época reclama otras filosofías, otras éticas que trasciendan las obligaciones entre humanos y alcance a las responsabilidades con la biosfera, así como una reformulación radical de nuestra imagen en el mundo, un nuevo modo de incardinarnos en la naturaleza y una revisión radical del tipo de metabolismo con que encaramos la producción y el uso de los bienes materiales. Eso requiere un cambio de paradigma que encuentre aportes significativos en tradiciones políticoculturales y religiosas emancipadoras, así como en la experiencia de quienes fueron oprimidos y excluidos, silenciados e invisibilizados.

El libro se cierra poniendo la atención en la resistencias y alternativas que ofrecen movimientos, pueblos y culturas que algo saben de la lucha por la supervivencia,

porque su experiencia ha quedado marcada por las agresiones que han sufrido a lo largo de la historia del capitalismo patriarcal, colonial y ecocida que surgió de la edad moderna. Es un cierre oportuno y necesario, pues olvidar u ocultar esta otra intrahistoria nos conduce a considerar solo la capacidad destructora sobre el mundo de ese genérico *Homo Sapiens* y a minusvalorar las resistencias y la capacidad superadora de la barbarie de quienes pretenden convertirse en revulsivo antropológico y estructural frente al marco categorial capitalista. El capitalismo no es solo un sistema económico, es también un modo de producción cultural que sostiene un modelo antropológico que para poder ser superado requiere, además de cambios estructurales, un cambio de paradigma. Esta es la cuestión, nada baladí, que nos deja planteada este libro.

Santiago Álvarez Cantalapiedra
Director de la revista PAPELES y del
Área Ecosocial de FUHEM

EL BUEN ANTEPASADO

Roman Krznaric

Capitán Swing, Madrid, 2022

294 págs.

La editorial madrileña Capitán Swing nos viene regalando con la traducción de algunas obras clave del pensamiento contemporáneo. Este es el caso de *El buen antepasado*, del filósofo público australo-británico Roman Krznaric que aborda en este libro una cuestión de la máxima importancia a la hora de plantear las transiciones ecosociales: la capacidad de mirar nuestro presente con perspectiva temporal y actuar para estar a la altura de los acontecimientos que nos exige y nos exigirá la multicrisis ecosocial.

Krznaric es un pensador de gran originalidad como muestra en esta obra, su quinto libro y el segundo que se traduce a español (junto a *Cómo encontrar un trabajo satisfactorio*). Es miembro fundador de The School of Life en Londres e investigador de la Long Now Foundation, además de miembro del Club de Roma. Asesora en temas de empatía a organizaciones como Oxfam y Naciones Unidas y ha fundado el primer Museo de la Empatía del mundo.

El autor identifica en esta obra una de las principales lacras de nuestro tiempo: el pensamiento cortoplacista, una anomalía intelectual que permite continuar a toda máquina con un sistema de producción-consumo despilfarrador y devastador, cuando ya tenemos encima una crisis de una envergadura colosal; cada una de las facetas de esta crisis —llámese cambio climático, hecatombe de la biodiversidad o pico del petróleo y de materiales— ya debería ponernos en alerta máxima. En contraste, la realidad dominante sigue instalada en el escenario BAU (*business as usual*) como si nada ocurriera.

Krznaric nos despierta de ese sueño —o, más bien, modorra o pesadilla— con una pregunta crucial: ¿cómo podemos ser buenos antepasados? Pregunta que nos lanza a otro tiempo después de nosotras y apela a nuestra responsabilidad transgeneracional con nuestros descendientes. Para elaborar este planteamiento recurre a la inspiradora frase de Jonas Salk, inventor de la vacuna de la polio en los años cincuenta del siglo XX, quien se preguntaba: «¿Estamos siendo buenos antepasados?». Ambas preguntas alteran el proceso de pensamiento habitual, acostumbrados como estamos a pensarnos los vivos actuales como si este hecho nos otorgara la capacidad apropiarnos de todos los recursos, ignorando las necesi-

dades y los derechos de los más jóvenes y de los futuros vivos. «A día de hoy, nuestra actitud como sociedad es la del *tempus nullius*: vemos el futuro como un “tiempo de nadie”, un territorio no reclamado que también está exento de habitantes», señala el autor (p.18). Krznaric se refiere a ello como una «colonización del futuro» de aquellos aún jóvenes o aún no nacidos, dado que nuestras actuales prácticas condicionarán sus posibilidades de futuro. «La tragedia –señala el autor– es que las generaciones nonatas del mañana no pueden hacer nada contra ese pillaje colonialista de su futuro» (p.18). Así, tras la aventura colonial y neocolonial que se desarrolla en la dimensión espacial, la sociedad occidental está conquistando ahora otra dimensión: el tiempo futuro. En contraste, los pueblos originarios han sabido desarrollar el pensamiento a largo plazo sin apropiarse del futuro, como muestra el tomar en cuenta hasta la séptima generación por venir a la hora de adoptar sus decisiones.

El libro se divide en tres partes –La pugna por el tiempo; Seis maneras de pensar a largo plazo; y Que comience la rebelión del tiempo–, 12 capítulos y un apéndice que incluye el Índice de Solidaridad Inter-generacional.

En la primera parte el autor hace un recorrido por las bases contrastadas por la neurociencia de las tendencias de nuestra conducta tanto al cortoplacismo como al largo plazo, esfera que el autor propone desarrollar. En la segunda parte examina los seis modos de pensar a largo plazo (humildad del tiempo profundo; mentalidad de legado; justicia intergeneracional; pensamiento catedral; previsión holística; y objetivo trascendental), que se oponen a los seis impulsores del cortoplacismo (tiranía del reloj; distracción digital; presentismo político; capitalismo especulativo;

incertidumbre interconectada; y progreso perpetuo). A lo largo de los seis capítulos que componen la segunda parte va desgranando uno por uno estos modos para desarrollar el largoplacismo.

De las seis propuestas para pensar a largo plazo me han resultado especialmente prometedoras la mentalidad de legado, estrechamente emparentada con el pensamiento catedral, que sintetiza ese compromiso con las generaciones futuras y del espíritu de comunidad a través del tiempo (como muestra, por ejemplo, el mantenimiento desde tiempos inmemoriales de las bombas de agua en funcionamiento en Holanda, una tarea realizada por la comunidad que llega hasta nuestros días), y el objetivo trascendente. Tal objetivo proporciona el *telos* de la mentalidad de legado, el para qué. Hoy, varios de los para qué heredados de la Modernidad están agotados, por ejemplo, el de progreso y crecimiento perpetuo, mientras que está seriamente cuestionado el supuesto de la tecnociencia como solución a todos nuestros problemas. Quizá la ausencia en la sociedad contemporánea de un objetivo con mirada larga es lo que está dando alas actualmente a la hiperinflación de distopías y al conformismo derrotista. En contraste, Krznaric, partidario de la «esperanza radical», se aparta de esta línea de pensamiento para devolvernos al momento actual en el que tenemos la responsabilidad –y la oportunidad– de hacer lo posible y lo imposible para que pueda haber un mañana vivible en un planeta habitable. Parece claro que con que tan solo se asumieran en profundidad estas tres maneras de pensamiento largoplacista podría darse un giro de 180° a nuestro curso de acción.

En la tercera parte del libro se plantea un interesante debate sobre la democracia, que últimamente algunos cuestionan

como un elemento superfluo frente al autoritarismo “amable” que supuestamente sería capaz de manejarse mejor en tiempos convulsos. Las miradas se dirigen al actual régimen chino como modelo, que dudosamente merecería el apelativo de “amable” para muchos de los ciudadanos que sufren los rigores del régimen. Krznaric desmonta las supuestas ventajas del autoritarismo “amable” en base a sus investigaciones en el desarrollo del Índice de Solidaridad Intergeneracional –que se detalla en el apéndice–, y afirma de forma taxativa que «no hay ninguna prueba empírica de que los regímenes autoritarios se manejen mejor que los gobiernos democráticos en materia de políticas largoplacistas al servicio de los intereses de las generaciones futuras» (p. 204). Es más, hay muchas más posibilidades de encontrar altos niveles de solidaridad intergeneracional en una democracia que en un régimen autoritario.

Krznaric se detiene a desarrollar los principios de la democracia profunda –guardianes del futuro, asambleas ciudadanas, derechos intergeneracionales y ciudades estado autogobernadas–. Como el autor constata, estas ideas y prácticas deben estar sustentadas en una masa crítica de la ciudadanía, algo que hoy por hoy está todavía por construirse para ser capaces de ganar la batalla cultural. El autor sostiene que las

crisis en sí mismas no son suficiente motor para el cambio; solo en combinación con nuevas ideas y movimientos sociales disruptivos se puede generar un cambio transformador.

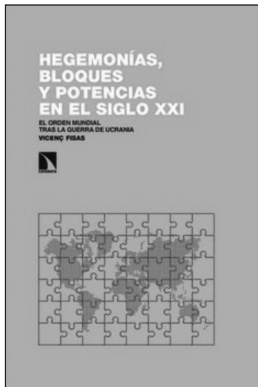
Así, el libro dedica varios capítulos a examinar tanto las bases para promover una evolución cultural como numerosas experiencias alternativas de quienes denomina “rebeldes del tiempo” que ensayan desde formas de democracia “profunda” a propuestas de la economía de la rosquilla, o las prácticas de Future Design en Japón –un ejercicio ciudadano para el desarrollo de políticas urbanas a 40 años vista–, pasando por los movimientos para frenar el cambio climático, las comunidades energéticas o la agricultura urbana. Tampoco olvida el autor incluir el arte y la literatura por su capacidad transformadora para acelerar el cambio.

El libro resulta valioso tanto por su contenido teórico como por su capacidad propositiva para suscitar el cambio cultural necesario en las transiciones. En ese sentido explora los principales elementos que nos frenan y las principales palancas de cambio, aportando no pocas propuestas ya existentes y algunas que se están desarrollando en la práctica.

Nuria del Viso

FUHEM Ecosocial y revista PAPELES

CUADERNO DE NOTAS



HEGEMONÍAS, BLOQUES Y POTENCIAS EN EL SIGLO XXI

Vicenç Fisas

La Catarata, Madrid, 2022

302 págs.

En las últimas décadas se han producido en el mundo cambios con respecto a los poderes hegemónicos, de dominio y expansión, tanto en la esfera política como en la económica y militar, a los que hay que añadir los efectos de la pandemia del coronavirus y la crisis económica derivada de ella, y la guerra de Ucrania de 2022. Todo ello ha mostrado la existencia de enormes vulnerabilidades en el sistema económico internacional y un gran tensionamiento en lo político, con la vuelta a los viejos esquemas de la Guerra Fría y una reordenación de los poderes políticos y sus áreas de influencia.

Estos elementos apuntan a la inauguración de un nuevo contexto y diferentes relaciones de poder, ya que van a moverse bastantes fichas en el tablero de las hegemonías. La presente obra de Vicenç

Fisas puede ayudar a entender tanto el presente como el mundo que se avecina. El libro realiza un análisis geopolítico de la actualidad, en su sentido más amplio, aborda el diseño y puesta en marcha de la política exterior de algunos países, en todos sus ámbitos, y no solo en sus políticas internas. Además, plantea que en el ámbito meramente económico, cada vez hay más formas para ejercer el poder y el dominio, pero además existen otras formas de hegemonía, más allá de lo económico y militar. Es posible ser una gran potencia sin tener que recurrir al poder militar.

Hemos entrado en un nuevo paradigma en las formas de dominio y control, el mundo de las hegemonías, y aunque estén parceladas, continúan bajo el amparo de la universalización del capital. Existen muchos mecanismos tradicionales de extracción de plusvalías y de rapiña sobre las materias primas. La desposesión y el extractivismo juegan un papel importante en la conformación y continuidad de las hegemonías y las formas de dominación.

El mundo de hoy es una competición sobre dominios parciales, sobre sectores específicos, no sobre la totalidad de las esferas, algo que se ha vuelto imposible para un solo país. La estrategia para dominar es más sutil que en el pasado.

Este nuevo sistema de dominación no afecta no solo a los Estados, sino también a actores no estatales, en particular económicos, con una enorme influencia sobre nuestras vidas y sin que existan mecanismos de regulación suficientes sobre sus actividades.

Dividido en 18 capítulos, el libro trata sobre la expansión de China, su consoli-

dación como gran potencia económica y militar, con proyectos expansivos de gran trascendencia. La proyección exterior de Rusia y el acercamiento entre Rusia y China, a pesar de sus diferencias inevitables y su relación asimétrica.

En el capítulo cuatro dedicado a la reorganización del Oriente Medio, región epicentro de luchas regionales y globales, se constatan cambios constantes de alianzas de los países que forman parte de esta región.

La ampliación de la OTAN y los temores de Rusia ante la incorporación de algunos de los que fueron sus “países satélites” (Polonia, República Checa, Hungría, Rumanía y Bulgaria) y en los que han instalado bases militares de Estados Unidos y determinados tipos de armamento se trata en el capítulo seis, mientras que el siguiente plantea una nueva arquitectura de seguridad para Europa.

El capítulo nueve hace un repaso a los patios traseros de aquellas potencias con zonas de gran influencia política, económica y militar.

La geopolítica de la ONU, es decir, su composición y capacidad de veto, tiene gran importancia en relación a la aprobación de muchas de las propuestas en forma de resolución. Esta cuestión se aborda en el capítulo diez.

Los siguientes capítulos describen las diferentes formas de dominio: la ayuda al desarrollo como forma de presión, el dominio económico, o la expansión comercial de algunos países.

En el capítulo trece dedicado al control de los recursos y el capital ecológico se habla de minerales estratégicos, de exopolios, del *lobby* energético y de las depen-

dencias de las importaciones y del control de los alimentos a través del agronegocio. El libro incluye también un capítulo dedicado al dominio financiero donde se explora la “economía financiera” y los mercados de capitales, cuyo volumen depende, en gran parte, de las especulaciones, cotizaciones o estimaciones en un universo muy volátil de activos intangibles. Otro mundo en el que la Bolsa supera a la economía real de algunos países.

Por su parte, el capítulo dieciséis aborda el dominio tecnológico y del mundo digital. En solo dos décadas el mundo de la tecnología y, en concreto, el ámbito digital y de inteligencia artificial ha experimentado grandes avances.

El siguiente capítulo pone el foco en el militarismo como sistema de dominación por parte del estamento militar sobre el político, y en el uso de los políticos de la fuerza militar para sus propios intereses.

En el último capítulo, «Guerras y conflictos», el autor, analista de conflictos, negociaciones y procesos de paz, hace un repaso de los conflictos entre 1990 y 2021, las causas, los factores condicionantes previos, los resultados y sus consecuencias.

Fisas concluye el libro diciendo: «Solo una ciudadanía muy atenta, informada, solidaria y conectada entre sí puede ejercer un contrapeso a los numerosos poderes, especialmente cuando muchos de ellos no están sujetos a ningún tipo de control estatal o internacional y, extiende sus tentáculos por doquier».

FUHEM Ecosocial



EL SIGLO DE LA SOLEDAD

Noreena Hertz

Paidós Contextos, Barcelona, 2021

449 págs.

Desde finales del siglo pasado y principios del siglo XXI vienen apareciendo obras que nos avisan de la erosión acelerada de los vínculos sociales en diferentes formas y esferas, y de los impactos que ello está causando en la salud mental/emocional de las personas, así como en el sentido de vida en general. Entre ellas destaca *La corrosión del carácter*, el influyente libro de Richard Sennett que examina el desgaste de los vínculos en el trabajo y la erosión del espíritu de compañerismo, así como los efectos de la pérdida de posición social y las causas subyacentes: los cambios en la estructura del trabajo remunerado y las relaciones laborales en EEUU con el ascenso del neoliberalismo a fines del siglo pasado. Otro ejemplo memorable es *Solo en la bolera*, de Robert Putnam, sociólogo y politólogo norteamericano de la Universidad de Harvard, que refleja el colapso de los vínculos comunitarios y el asociacionismo presente en la sociedad estadounidense como anuncio de lo que se

palpa ya en muchas otras sociedades (la española sin ir más lejos). El escritor y periodista suizo-británico Johann Hari profundizó en *Conexiones perdidas. Causas reales y soluciones inesperadas para la depresión* en la “epidemia silenciosa” de la depresión y los desórdenes mentales que se extienden en nuestra sociedad que, lejos de ser un “problema” personal, responden, en muchos casos, a causas estructurales derivadas de la precarización del empleo y de las condiciones de vida en general que induce el tardocapitalismo en las sociedades contemporáneas. En *El siglo de la soledad* la académica y presentadora británica Noreena Hertz toca al corazón del problema al explorar los entresijos de la mayor pandemia –verdaderamente transversal– que hayamos experimentado en el siglo XXI: la de la soledad.

Dividido en once capítulos, el libro perfila en los diez primeros los contornos de la soledad: su contexto, afectaciones, base científica, contexto urbano y tecnológico, la soledad en el trabajo y en el amor/sexo y la “economía de la soledad”. Pero la autora no se detiene en denunciar un grave problema de las sociedades contemporáneas, sino que apunta a pergeñar una propuesta de salida, como sugiere el subtítulo del libro: *Recuperar los vínculos humanos en un mundo dividido*, propuesta que expone en el último capítulo.

La soledad no deseada no solo tiene efectos en la vida cotidiana de las personas, sino que también tiene impactos directos sobre la salud, haciéndola más frágil. Según afirma Noreena Hertz en base a estudios científicos, «si uno se siente solo o está aislado desde el punto de vista social, tiene un 30% más de probabilidades de morir prematuramente». (p. 33) La soledad también afecta a escala celular y hormonal al alterar el funcionamiento de diversas

glándulas endocrinas y se relaciona con el debilitamiento inmunitario. (p. 42)

Por el contrario, la comunidad «parece tener cualidades saludables». (p. 36) Y es que, desde el origen de la evolución humana «estamos programados para no estar solos» (p. 38); la principal clave de nuestro éxito evolutivo se basó en nuestro cerebro social y nuestra capacidad de cooperar con otros seres, que sigue siendo la base que nos permite vivir en sociedad.

A lo largo de los capítulos, Hertz pone de manifiesto cómo la organización contemporánea de las relaciones sociales (o ausencia de ellas) en las diferentes esferas de la vida —ciudad, trabajo, amor, tecnología...— son proclives a fracturar los vínculos sociales hasta reducirnos a esa fantasía del capitalismo (y, especialmente, del neoliberalismo) de la anomia social en la que, supuestamente, los individuos funcionan como cápsulas aisladas. Nada más alejado de la realidad. Una y otra vez se manifiesta el deseo persistente a estar con otras, de compartir la experiencia, de colaborar. Este impulso, sin embargo, está siendo hábilmente aprovechado por el mercado en lo que la autora denomina la “economía de la soledad”, que comprende desde “abrazadoras” profesionales a robots de compañía, pasando por la

organización de grandes eventos musicales para compartir el sentimiento de pertenencia a una comunidad.

La autora establece una posible conexión entre la soledad y el estrés, otra de las grandes lacras de nuestro tiempo, y se pregunta si la soledad puede ser una de las principales causas de este omnipresente fenómeno (p. 41). «La soledad es un tipo de estrés que puede intensificar considerablemente los efectos de otras formas de tensión psicológica» (pp. 41-42), asegura Hertz. De ser así, la soledad presentaría un vínculo directo con la salud mental, por fin identificada como uno de los graves problemas de nuestro tiempo.

Esta exhaustiva obra cuenta con una sólida base científica, además de los ejemplos extraídos de muchas conversaciones de la autora con decenas de personas que sufren la soledad de una forma u otra. Un libro esencial —llamado a situarse al nivel de las emblemáticas obras mencionadas al inicio— tanto para aquellas personas interesadas en las afectaciones mentales y emocionales desde distintas disciplinas como para todo aquel que quiera adentrarse en una de las principales lacras contemporáneas a fin de comprender mejor el momento presente.

FUHEM Ecosocial